

EL FUTURO, TURISMO O CONSERVACION

Tras los últimos acontecimientos, directamente relacionados con el Pirineo (desaprobación del Plan Especial de Belagua) y después también de conocer el Plan de Parques extraurbanos de la Diputación guipuzcoana, creo que conviene recoger el hilo del artículo aparecido con el título «Montañismo, ¿por muchos años?», para dar un paso adelante en el conocimiento de los problemas que se ciernen sobre nuestras montañas. Tenemos la responsabilidad de escarmentar en cabeza ajena y acertar con la solución.

Señalaba entonces la importancia de la montaña para la vida del hombre, incluso en el llano; decíamos algo de las formas de utilización de la montaña y sus consecuencias en los Alpes.

En esta ocasión voy a ceñirme a los efectos producidos en la montaña por las actividades de tipo turístico, puesto que son las que más directamente van a afectar a nuestras montañas en los próximos años. Intento analizar las relaciones: turismo-montaña; turismo-progreso de los montañeses; conservación - turismo; y conservación - progreso montañés. Doy por válidos los análisis que ciertos grupos de técnicos internacionales están realizando a lo largo de estos años, en los sistemas montañosos ya afectados por el turismo masivo, y recorro a sus planteamientos y a los resultados de esos análisis. Me referiré concretamente a lo tratado en una reunión celebrada en Salzburgo en febrero de 1973 y a otra celebrada en noviembre del mismo año en Lillehammer.

En primer lugar, debemos establecer los puntos de partida de estos grupos de expertos. ¿Qué entienden ellos por actividades turísticas en montaña?:

«Las actividades turísticas comprenden los deportes de invierno, el camping, el excursionismo, el alpinismo, los paseos veraniegos, la caza y la pesca».

Segundo punto: Es un hecho que el turismo organizado ha vuelto los ojos hacia la montaña; ¿por qué? ¿qué es lo que la montaña ofrece a ese turismo?:

«Las zonas montañosas más frecuentadas con fines turísticos presentan un conjunto de características particulares:

— Un importante desarrollo vertical que asegura la máxima diversidad del ecosistema.

— Una altitud sobre el nivel del mar que permite su utilización tanto en verano como en invierno.

— La proximidad de importantes núcleos de población.

— Unas características culturales originales y atractivas».

Esto supuesto, podemos recoger ya, lo que los técnicos reunidos en Salzburgo afirman cuando el turismo invade la montaña?:

«En muchas zonas montañosas de la tierra tras analizar diversos sistemas montañosos en los que las actividades turísticas se han desarrollado masivamente; ¿qué ocurra, el desarrollo del turismo ha alcanzado tales proporciones que los estragos producidos en algunos ecosistemas montañosos han alcanzado un punto crítico. De ello se seguirán daños irreversibles para los ecosistemas de montaña a menos que se apliquen contramedidas eficaces, tanto a nivel nacional como internacional. Incluso las mismas perspectivas futuras del turismo se verán inevitablemente disminuidas, lo que adquiere una importancia capital si tenemos en cuenta que el desarrollo económico de provincias, regiones o países enteros, depende en gran parte del turismo».

«La esencia del atractivo original que estas regiones ejercen en los turistas radica en la majestuosidad natural del paisaje y en la relativamente pequeña densidad de población. En numerosas regiones, la indus-

tria del turismo ha alcanzado tal extensión que esas dos cualidades básicas han quedado comprometidas e incluso degradadas».

Resultan curiosas y sumamente importantes, estas afirmaciones en las que descubrimos que incluso el beneficio de los promotores turísticos, y, por lo tanto sus promesas, tienen un corto porvenir puesto que las formas de explotación masiva destruyen, incluso, las condiciones que atraían al turismo.

El riesgo aumenta en el momento en que el desgaste de la zona explotada la haga poco atractiva, ya que la ambición promotora no dudará en buscar otras zonas aún vírgenes para ofrecerlas al consumo turístico. Así una nueva destrucción. El proceso se extiende como una cadena que acabará por aniquilar todos los sistemas montañosos. No falta mucho para que esto ocurra en Europa. Ocurrirá si permitimos que cada macizo pirenaico se convierta en una monstruosa estación invernal.

Concretemos los efectos de estas formas de promoción turística sobre la naturaleza y sobre la población montañesa: «Esta degradación va acompañada de importantes efectos nefastos para los propios ecosistemas de montaña, como son: daños en la vegetación, en la fauna, en los ríos, así como polución del aire y del agua, y reducción de las comunidades locales». «Es evidente que los numerosos efectos de la modernización,

observados en zonas muy pobladas, comienzan a alcanzar también a las zonas de montaña».

De estas afirmaciones, fruto de numerosas experiencias, surge una conclusión: «Mantener en el futuro esta línea de acción, sin un atento control, conducirá sin ninguna duda —antes o después—, a unas rupturas irreversibles en nuestro medio ambiente».

Una conclusión que recuerda por su coincidencia a la resolución n.º 29 del Symposium sobre el Porvenir de los Alpes, que he citado en otras ocasiones.

En estas reuniones a las que me estoy refiriendo se trataron también los efectos producidos por la construcción de carreteras, hoteles, presas, tendidos eléctricos, etc...

No voy a referirme a ellos pero sí quiero copiar una frase en la que quedan incluidos todos ellos: «El principal impacto físico es el producido al reemplazarse los sistemas naturales (agricultura y ganadería tradicionales) por un importante número de estructuras artificiales».

En un cuadro explicativo se recogen las diversas formas de utilización los motivos que inspiran cada una de ellas, las acciones concretas que exigen sobre la montaña, y los efectos que producen. Para seguir en el marco que me he propuesto, voy a copiar solamente lo relativo a las actividades de tipo turístico y a la conservación:

<i>Forma de utilización</i>	<i>Motivos</i>	<i>Actuaciones que conlleva</i>	<i>Consecuencias que produce</i>
CONSERVACION	Estéticos. Etnicos. Reserva potencial Móvil científico.	Exclusión del hombre. Instalaciones propias de los objetivos conservacionistas.	Especial atractivo para el hombre. Reducción de la superficie disponible para otros usos. Multiplicación de la fauna (a menudo, no sistemáticamente).
	Alimentación. Industria peletera. Troveos de caza. Recreo. Turismo.	Construcciones. Carreteras y pistas. Utilización de vehículos todo-terreno.	Perturbación de la vegetación y del suelo. Polución del agua. Pérdida de las características naturales. Modificación de la composición y equilibrio de especies (a menudo, no sistemáticamente). Perturbación de las riberas de arroyos. Arrojo de desperdicios.
CAZA Y PESCA			
RECREO	Ejercicio. Deporte. Turismo. Recreo. Excursión.	Construcciones. Carreteras. Remontes mecánicos. Pistas de esquí. Utilización de vehículos todo-terreno.	Perturbación de la vegetación y del suelo. Polución del agua. Erosión. Degradación del paisaje. Modificación de arroyos y ríos. Perturbación de la fauna. Pérdida de las características naturales.



Alrededores de Aránzazu. (Foto Irigoyen).

A la vista de este cuadro y de lo que llevamos dicho hasta ahora, se puede decir que el problema consiste en: «Descubrir la evolución que experimenta la relación del hombre con su medio al pasar de un sistema agrícola y pastoril relativamente estable, a un sistema afectado por influencias exteriores, como son: la industria, el turismo, la comunicación de masas y la sociedad urbanizada».

Michel Ballerini (*Aménagement et Montagne* n.º 3, dic. 1975) hace un buen resumen de esta situación y mira a lo que puede ser el futuro: «Hasta el presente, el equipamiento de la montaña apenas ha tenido en cuenta los intereses de la montaña y de los montañeses. Por el contrario, ambos han sido ignorados en beneficio de imperativos e intereses extraños. Las estaciones de invierno llevan a la montaña el confort de las ciudades. Esta similitud no es recomendable puesto que la montaña es un medio natural específico al que debe corresponder un modo de vida también específico. Esto exige el mantenimiento o la creación, al margen de todo folclorismo, de una verdadera sociedad

de montaña, necesaria ante todo, para que la montaña no se convierta ni en desierto ni en museo —ni en ciudad— para que no sea tierra de éxodo sino tierra acogedora».

La transformación del medio transforma al hombre mismo, lo que nos obliga a preguntarnos si saldremos ganando o perdiendo al urbanizar, industrializar o conservar la montaña. Pero ¡OJO!, porque esta no es una pregunta que nos debamos hacer los habitantes de la ciudad. Es una pregunta que debe resonar, ante todo, en los valles de montaña. Son los montañeses los que tienen la primera palabra. Claro que, para que tal palabra pueda ser consciente y responsable, deberán estar en condiciones de elegir y desarrollar —a la altura de la sociedad industrializada (es decir técnica, social y económicamente)— las posibilidades materiales que les ofrece la misma montaña, su medio natural de vida.

Desde la ciudad, que busca lugares de expansión y desde las empresas promotoras, que buscan dividendos, no podemos pensar que se vaya a plantear la posibilidad de un desarrollo racional de los pueblos de mon-

taña a base de potenciar la economía montañesa. ¿Por qué, si no, no se acaba de tomar en serio la tecnificación de la agricultura, de la ganadería y de la selvicultura? Los centros de decisión no están en el campo, no están en la montaña, de forma que su futuro se decide desde fuera quedando así supeditado a los intereses urbanos.

Michel Ballerini (o. c.) entiende así esta situación: «Los hombres se intalaron en la montaña y lograron vivir en la belleza de un lugar y en el rigor de un clima sin clemencia. Pero, mientras que el «progreso» y el «bienestar» se desarrollaban en las ciudades, ellos no progresaron llegando, por contra, el tiempo del éxodo... El problema existe para los montañeses porque existe desventaja, es decir, injusticia. Alejados de los grandes centros de actividad, los montañeses han sido dejados al margen de la evolución general del país, en relación al cual tienen un retraso, si no imposible, sí al menos difícil de recuperar. El primer paso a dar sería ayudar a los montañeses a nivelar ese retraso. El segundo, ayudarles a adquirir una verdadera situación profesional en relación con las actividades de montaña».

Quiero insistir en que son los montañeses los primeros responsables de su futuro y del futuro del medio en que viven y del que viven. Que tienen derecho a seguir viviendo en la montaña.

Es responsabilidad de la administración que esa vida, en montaña y de la montaña, tenga las mismas posibilidades básicas de desarrollo que la vida urbana industrial.

Para que esto quede más claro, cito de nuevo a Michel Ballerini (O. C.): «Los montañeses deben imponerse, hacer conocer sus problemas y sus ideas, y participar en las decisiones que les conciernen directamente... tener la facultad de orientar su propio futuro. Pero, para que esto sea posible, es preciso que se les proporcionen los medios... En nuestra sociedad, la vida en montaña no será posible sin ayuda del exterior. El triunfo o el fracaso se deberá, ante todo, a los que tienen poder de decisión y medios de acción».

A esta conclusión se llegó también en el Plan de Acción del Symposium sobre el Porvenir de los Alpes; n.º 8. «Toda planificación debe tener en cuenta el hecho de que los intereses económicos que llevan a la utiliza-

ción del territorio de montaña provienen muy a menudo del exterior. Estos intereses reflejan las exigencias que se manifiestan progresivamente en el seno de colectividades caracterizadas por un nivel de renta y consumo muy elevado. En consecuencia, el objetivo a lograr es, sobre todo, poner a las poblaciones de montaña en disposición de dirigir y administrar de forma autónoma su patrimonio respetando el equilibrio natural y cultural que se les debe garantizar». n.º 13. «Las obras de desarrollo de cualquier clase, en particular las turísticas, deben decidirse, siempre que sea posible, con la participación mayoritaria de las comunidades locales. En caso contrario conviene prever un control, por los organismos públicos, del flujo de capitales extranjero y de las inversiones privadas».

Parece clara la oposición entre ciertas formas de turismo (masivo a base de importantes instalaciones) y el desarrollo de las comunidades autóctonas según sus propias características socio-culturales, debido al tipo de industria que introduce el turismo y debido a la situación de minoría demográfica y cultural a que se condena a las poblaciones locales.

También aparece oposición entre ese tipo de turismo y la conservación de la naturaleza, supuesto que en muchos casos no se ha hecho otra cosa que urbanizar la montaña, es decir, desmontañizar o desnaturalizar.

Hasta el momento, poco he dicho específicamente sobre la conservación de la naturaleza en los sistemas de montaña.

Lo primero a tener en cuenta es que el término «conservación» también llega a la montaña desde fuera, desde grupos determinados de la vida urbana desarrollada, y esto debe —al menos en principio—, hacerla tan sospechosa como el turismo.

Quando se habla de conservación se piensa casi exclusivamente en protección y defensa, lo que supone aislamiento e intocabilidad de la montaña. En este sentido, está claro que «conservar» se opone a desarrollo de las comunidades autóctonas, especialmente si no se las tiene en cuenta a la hora de planificar. Hablar de conservación, sin más, es pensar la montaña desde la ciudad; es entenderla como un museo en el que los montañeses y sus pueblos son curiosos elementos a contemplar y fotografiar.

No entiendo así la conservación de la naturaleza de montaña, **al menos en zonas habitadas o trabajadas por los montañeses.** Cuando hablo de conservación de la naturaleza pienso en desarrollo, pienso en evolución de la cultura montañesa que a lo largo de los siglos ha ido fraguando entre unos hombres y sus montañas. Las habitantes de la montaña tienen lugar —deben tenerlo— en un planteamiento conservacionista. Su agricultura, su ganadería, su selvicultura, su artesanía, su cultura... son el centro de la conservación de la naturaleza puesto que esa vida y esa actividad laboral y cultural, son elementos indispensables de equilibrio natural.

Insisto en que «conservación de la naturaleza» es un concepto dinámico. Se trata de mantener el equilibrio existente, equilibrio que es dinámico, puesto que está vivo, es el equilibrio de la vida natural. Está compuesto por el mundo mineral, el régimen de aguas, la flora, la fauna..., teniendo como centro a ese grupo de hombres que ha sabido acomodarse a sus condiciones, que ha sabido hacer su vida al compás de la montaña.

Es el habitante de la montaña el que hace posible que hablemos de cultura alpina, cultura pirenaica, cultura andina...

Pensar en la necesidad de conservar quiere decir que damos por supuesto que algo se está perdiendo, que el equilibrio se ha roto o corre peligro de romperse.

Así es efectivamente. El equilibrio se rompe, principalmente, porque el montañés abandona su trabajo y su montaña, abandona su forma de vida. Pero, no nos engañemos. El no tiene la culpa. Es esta sociedad tecnificada y desarrollada, ajena a la montaña (esta que hoy habla de conservación y de promoción turística), la que descubrió en la montaña —igual que en el campo—, una mano de obra barata. Es más rentable hacer que el montañés abandone su vida y su trabajo para provecho de las grandes industrias, que invertir en la mejora técnica del trabajo propio de la montaña potenciando la rentabilidad del medio montañés para elevar sus condiciones de vida.

En este sentido se citaba en el Symposium sobre el Porvenir de los Alpes una frase escrita por Richard Weiss en 1957: «No se puede negar la afirmación de que los Alpes,

en este período de alta coyuntura, atraviesan una verdadera crisis; que el habitante de montaña se encuentra en estado de crisis económica y moral; que el proletariado y las chabolas no se encuentran ya en las ciudades sino en los valles de montaña».

Los superacomodados ciudadanos, los hombres del tiempo libre, volvemos la vista a la montaña y lo hacemos contemplando una atrayente forma de consumo. Esto es así, tanto al pensar en las posibilidades de una urbanización turística y en la construcción de residencias secundarias, como al pensar en conservar a ultranza todo lo que sea naturaleza, esté habitada y trabajada o no.

A mi entender, sólo existe un camino para compaginar armónicamente el turismo y la conservación de la naturaleza, con el desarrollo montañés:

1.º Considerar los sistemas montañosos como unidades ecológicas y culturales. Nada de actuaciones aisladas (valles o macizos) en un mismo sistema montañoso.

2.º Realizar una planificación de conjunto (inter-regional o inter-nacional) que aplique a cada zona el tipo de utilización más conveniente para el equilibrio de todo el sistema. (El Pirineo, por ejemplo).

3.º Respetar y potenciar, ante todo, el protagonismo de los montañeses y de sus formas de vida y trabajo. La montaña les pertenece, son parte de ella. Sin ellos y su trabajo no hay equilibrio posible.

4.º Entender el turismo como complemento del desarrollo de la vida en montaña, acomodado a ella, por tanto. Acercamiento a la vida y cultura montañesas y no inversión rentable para fuerzas ajenas a la montaña. Los dividendos del turismo deben mejorar la vida y el trabajo de los montañeses. El turismo debe estar en sus manos.

5.º Siempre que sea posible —y lo es casi siempre— las medidas de conservación de la naturaleza deben respetar las zonas en las que se desarrolla el trabajo de los montañeses.

6.º Educar a los hombres de la ciudad (posibles turistas o visitantes) en el conocimiento de la montaña y de las reglas a respetar para acercarse a ella.

El futuro debe ser: promoción de la vida e industria montañesas con el apoyo del turismo para asegurar la conservación del equilibrio natural.

TXEMA URRUTIA